

1

Hannah



Noviembre de 2011
Detroit, Michigan.

Había cosas que nunca cambiaban por mucho tiempo que pasara. Para mí, una de ellas era la sonrisa cautivadora de Nick. La vi por primera vez cuando tenía ocho años, los mismos que él. Estábamos en el hielo, cara a cara, en silencio. Pese al frío, sentía las mejillas ardiendo, por los nervios y por la timidez que me provocaba el intenso escrutinio de sus ojos azul cobalto. No entendía por qué mi entrenadora había insistido en que saliera a la pista con un niño al que ni siquiera conocía, no cuando lo único que había conseguido con eso era que tuviera ganas de marcharme o de gritarle que hablara o se moviera.

De repente, como si me hubiera leído la mente, lo hizo. Dio un tentativo paso hacia mí y yo alcé la vista.

—¿Patinamos? Juntos será más divertido. —Me tendió la mano.

Entonces la vi. Una sonrisa preciosa y cálida a la que solo podías responder de la misma forma. Casi sin ser consciente de ello, mis propios labios se curvaron y, dubitativa, enlacé mis dedos con los suyos.

De eso hacía una década. Ambos habíamos madurado y recorrido un largo camino, pero ese gesto que lo caracterizaba seguía intacto. De hecho, era su mejor arma y había aprendido demasiado bien cómo sacarle partido.

Y desde que habíamos llegado a la fiesta estaba haciendo uso de ella, aderezada con un toque travieso y seductor que muy raras veces le fallaba a la hora de ligar.

—La tiene a punto de caramelo. Mírala, estoy por llevarle un babero. —Se burló Rose, la anfitriona y antigua compañera de patinaje. Era seis años mayor que nosotros y estábamos en su casa para celebrar su retirada y futuras nupcias, de ahí que el lugar estuviera lleno tanto de caras familiares como de gente a la que no conocía de nada.

Di un sorbo a mi refresco mientras observaba la escena. Si me lo proponía, podía adelantarme a cada frase, a cada gesto. Sí, hasta yo misma me daba miedo, pero Nick tampoco era muy creativo, todo había que decirlo, llevaba usando la misma técnica desde que empezamos el instituto. Eso y que, como mejores amigos y pareja de danza sobre hielo, pasaba más tiempo con él que con cualquier otra persona. Lo conocía mejor que su propia madre y sabía que no pararía hasta que se llevara a la chica.

Miré el reloj y casi me atragaté al ver la hora que era. Vladimir nos arrancaría la cabeza si llegábamos tarde y hechos polvo al entrenamiento. Terminé mi bebida de un trago, dejé el vaso en la encimera de la cocina, me despedí de Rose y las demás y me abrí paso por el salón, convertido en pista de baile. Ignorar el ritmo de la música y la invitación de los chicos que me salían al paso no fue fácil, me encantaba bailar y al menos uno de ellos estaba muy bueno. Pero era una joven con una misión: conseguir que Nick soltase a su presa y aceptara irse. Un objetivo tan sencillo como intentar quitarle su pelotita de goma a un pitbull.

—¡Hola! —saludé al llegar junto a ambos, acomodados en el asiento del ventanal que había a la derecha de la entrada.

Nick sonrió al verme, mientras que la despampanante morena que lo acompañaba me dedicó una mirada evaluativa.

—¿Una amiga tuya? —preguntó al tiempo que se inclinaba hacia delante, un movimiento sin duda estudiado con el que proporcionó una estupenda panorámica de sus generosos pechos.

La táctica funcionó. Hasta yo le miré el canalillo. Dios, iba a ser imposible despegarlo de la pechugona sin recurrir a la artillería pesada.

Di gracias por la relativa oscuridad que envolvía la casa, porque solo de pensar en lo que estaba a punto de decir se me encendían las mejillas.

—Algo así —respondí antes de que él tuviera la oportunidad de hacerlo. Alargué una mano hacia su pelo y me enrollé uno de sus amplios rizos rubios en el dedo índice en lo que esperaba que fuera un gesto provocativo. Me miró desconcertado, si bien no dijo nada—. Nicky, cielo, me prometiste que

cuando solucionaras tu problemilla sería la primera a la que llamarías —le recriminé con coquetería, o al menos lo intenté.

Él parpadeó y frunció el ceño.

—¿De qué coño estás hablando?

—Ya sabes... —gesticulé hacia su entrepierna— tu problemilla.

Eso llamó la atención de la morena, que me miró inquisitiva. Me incliné hacia ella con aire conspiratorio y añadí en un tono más bajo:

—Ladillas. A veces no elige demasiado bien sus compañías y somos el resto las que lo pagamos, ¿comprendes? —Le guiñé un ojo y recé por que no notara que la cara estaba a punto de estallarme en llamas.

Me entendió. En menos de un minuto se había levantado casi de un salto y murmurado una excusa para irse.

Nick se puso en pie despacio. Su atractivo rostro era una máscara pétrea, mientras que su carnosa boca se había convertido en una fina línea. Durante unos instantes nos mantuvimos la mirada.

—Lo siento —musité—. Sabes que si te hubiera pedido que nos fuéramos, no habrías cedido. Ya es tarde y mañana tenemos que estar en la pista a las cinco y media. No se me ocurrió otra forma.

Sus facciones se relajaron un poco, lo suficiente para esbozar una sonrisa ladeada. Se agachó hasta que sus labios rozaron mi oreja.

—Me debes una bien gorda —dijo marcando cada palabra.

—¿Qué? Oh, no. En todo caso me la debes tú a mí, rubito.

—¿Eso crees?

—Y tanto que sí. A veces me pregunto qué harías sin mí.

Sus ojos brillaron con una chispa diabólica.

—¿Mojar?

Quince minutos después estábamos en el interior de mi viejo Chevrolet Chevelle del 64 de regreso a nuestros dormitorios en la residencia de estudiantes de la Universidad de Michigan, en Ann Arbor. La decisión de llevar una vida universitaria había sido una auténtica locura por nuestra parte. No obstante, no nos arrepentíamos, ya que habíamos querido vivir esa experiencia al menos el primer curso.

—El fin de semana que viene vendremos otra vez a Detroit a ver a tu madre y a tu abuela —comentó Nick—. Y también a mis padres y a mi hermana.

Sonreí y ladeé un poco la cabeza cuando me acarició la mejilla.

—¿Ya has olvidado que estaremos en Moscú?

—Hostia, es verdad, la Rostelecom. —Sus dedos largos me masajearon la nuca en lentas pasadas—. Todavía no me acostumbro a la idea de que vayamos a enfrentarnos a los grandes.

En realidad, ya habíamos participado en un campeonato como séniores de danza sobre hielo. La temporada anterior dimos el salto con el Four Continents, un certamen creado unos años atrás para que África, América, Asia y Oceanía tuvieran su equivalente al European Championship. Fue nuestro debut en esa categoría y podíamos estar orgullosos de habernos hecho con la medalla de bronce.

Sin embargo, esta temporada entrábamos de lleno en la alta competición. En todos los grandes eventos tendríamos que hacer frente a parejas de la talla de Meryl Davis y Charlie White, los actuales campeones del mundo, o Tessa Virtue y Scott Moir, también campeones del mundo y oro en las olimpiadas de invierno de 2010. Era sobrecogedor y a la vez excitante saber que tendríamos que vernos las caras con ellos y con muchos otros como los hermanos Shibutani, o Francine Boyd y Camden Bennett, sobre todo porque los diez entrenábamos en el Arctic Edge Ice Arena de Canton. Si bien, los seis primeros trabajaban con Marina Zueva, mientras que Francine, Camden y nosotros estábamos con Vladimir Datsik. Quizás él fuera menos afamado que la rusa, pero gracias a su apoyo constante, sus consejos y su disciplina férrea Nick y yo habíamos sido tres veces campeones nacionales y dos veces campeones del mundo en categoría júnior. Y este año, a pesar de lo difícil que se presentaba, ya habíamos ganado nuestra primera medalla de plata.

—Lo vamos a petar, ya verás. —Ahí estaba, esa enorme y preciosa sonrisa marca de la casa.

—Me conformo con hacerlo como hasta ahora —rebatí devolviéndole la sonrisa.

—Nunca hay que conformarse —dijo mientras enlazaba sus dedos con los míos—. Siempre hay que buscar la forma de avanzar, de crecer, de hacer-te grande en todo lo que haces. Y nosotros vamos a serlo.

Despedía tanta seguridad en sí mismo, en nosotros, que era fácil imaginarse que de verdad sería así.

—A ver si mañana, cuando entres en la pista con solo cuatro horas de sueño, sigues pensando lo mismo.

—¿Que soy grande? —preguntó con un deje que pretendía ser inocente, pero que destilaba travesura.

—Sí, enorme —respondí con sorna.

—¿Cómo lo sabes?

Se miró primero la entrepierna y luego a mí con los ojos muy abiertos en fingida sorpresa.

Pese a que ya debería estar inmunizada, me sonrojé. Nick empezó a reírse con ganas. Intenté resistirme, pero era un sonido contagioso. Nuestras carcajadas llenaron el interior del coche durante un largo rato en el que temí salirme de la carretera. Una vez calmados, me apretó la mano y me miró con cariño.

—Te quiero, Lin.

Lin era el apodo por el que me llamaba desde que, de niño, aprendió el significado de la palabra *palíndromo* y se dio cuenta de que mi nombre, Hannah, era uno. Solo él me llamaba así y, aunque jamás lo admitiría en voz alta, me encantaba.

—Y yo a ti —respondí devolviéndole el apretón. Claro que lo quería, era mi compañero, mi mejor amigo, casi el hermano que nunca tuve.

Continuamos nuestro trayecto en un silencio cómodo que solo se veía interrumpido por el zumbido de la calefacción y por la voz de Pink, que sonaba a un volumen bajo en el reproductor MP3, lo único moderno en mi chatarra destartalada.

—¿Sabes lo que me apetece? —me preguntó mientras se desperezaba.

—¿Dormir?

—No, un chocolate caliente con tortitas en el Fleetwood Diner.

—¿Ahora?

Se encogió de hombros.

—Está abierto veinticuatro horas. Además, tengo más hambre que sueño y sé que si me acuesto no seré capaz de levantarme temprano. —Se apartó el pelo de la cara a la vez que se movía en el asiento para quedar con la espalda apoyada en la puerta del pasajero—. ¿Qué me dices? ¿Tengo posibilidades de tentarte a pecar conmigo?

Allí, medio tumbado, con su cabello rubio y rizos desordenados, sus ojos azules y su media sonrisilla parecía un guapísimo arcángel que hubiera perdido sus alas, y al que resultaba muy difícil decirle que no, por mala que fuera la idea. Abrí la boca para contestar...

Y entonces sucedió.

Vi con horror a través de su ventanilla cómo otro vehículo se nos venía encima a gran velocidad. No tuve oportunidad de reaccionar. El enorme camión nos embistió. El impacto fue brutal, ensordecedor. Aterrador. Nuestro coche derrapó y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo una y otra vez en una cacofonía de metal y cristales rotos.

Cuando paró ya no había arriba ni abajo. No había nada excepto miedo y dolor. Luego, ni siquiera eso.

En tan solo un segundo, el mundo se tiñó de negro y ya nada volvió a ser lo mismo.

2

Hannah



Cinco meses después.
Ann Arbor, Michigan.

—¿Pero tú te has mirado a un espejo?

—Si me miro en el espejo me enamoro, pipiolo —respondió Abby, y yo tuve que morderme el labio para no soltar una carcajada que humillaría aún más al pobre chaval—. Venga, aire. —Hizo un gesto exasperado con la mano—. Recoge ya la caña porque estos dos peces son demasiado para tu anzuelo.

Dicho eso, le dedicó una última mirada fulminante que lo retaba a tener lo que había que tener para volver a abrir la boca. Acto seguido, dejó de prestarle atención y se llevó su taza de *caffè latte* a los labios.

—¿No crees que has sido demasiado dura? —pregunté una vez que el rubiales se marchó con un gruñido entre irritado y mortificado.

—Sabes que tengo muy poca mecha para los que van de sobrados. Me minan la moral —dijo dándose un golpecito en la sien con el dedo índice—. ¿Una cara bonita y ya tengo que caer rendida a sus pies? ¡Venga, hombre, por favor! Para quitarme el picor con algo sin cerebro ya tengo mi vibrador. Y él sí que sabe cómo me gusta —añadió con un guiño.

Esa vez sí que me reí. Y lo cierto era que lo necesitaba. En los últimos meses no había tenido demasiado espacio, ni ánimo, para risas. Envolví mi taza de moca blanco con ambas manos y dejé vagar la vista por nuestro alrededor con los labios todavía curvados. Estábamos sentadas en el Starbucks de Main con Liberty y a través del ventanal que tenía a mi derecha

podía ver la frenética actividad de la calle. Transeúntes y coches iban y venían por la amplia avenida flanqueada por árboles y edificios bajos de ladrillo cocido, que poco o nada habían cambiado desde la fundación de la ciudad en el siglo XIX. Ese era, en gran parte, el encanto del centro de Ann Arbor, la sensación de estar en otra época.

—Aún falta un poco, pero ¿has pensado qué vas a hacer este verano?

—La pregunta de Abby me sacó de mi sopor.

—Sí, ya me he apuntado a unos cuantos cursos. —Claro que antes de llegar a eso tenía que superar la última ronda de exámenes finales, que empezaría en tres días.

—¿Te quedarás por el campus?

—No, me vuelvo a Detroit con mamá y nana. Iré y vendré todos los días. Necesito pasar tiempo con ellas.

Una pausa incómoda siguió a mis palabras. No era propio de Abby callarse lo que pensaba y la conocía demasiado bien como para esperar lo contrario.

—Resulta extraño, durante el periodo estival solíais estar hasta el cuello con el entrenamiento, apenas se os veía el pelo.

Sí, para los júniores la temporada empezaba a finales de agosto, por lo que había que comenzar a trabajar duro en los nuevos programas con la suficiente antelación. Eso nos quitaba un tiempo de recreo que quedaba recompensado cuando teníamos que trasladarnos a Alemania, Francia, Turquía o Croacia para competir. Junto a nuestras madres, planeábamos cada viaje de manera que nos quedara hueco para hacer un poco de turismo. Esas eran nuestras verdaderas vacaciones.

—Ya... pero todo ha cambiado. —Casi como un acto reflejo, me llevé la mano a la mejilla izquierda y con la yema de los dedos tracé la longitud de la cicatriz que la cruzaba.

—Uh... para el carro. No te musties, porque te suelto rápido una hostia para quitarte la tontería.

Me señaló amenazante con el dedo índice. El movimiento dejó al descubierto el tatuaje que tenía en la cara interior de la muñeca izquierda: «La vida es condenadamente corta...» En la derecha tenía otro que lo complementaba: «¡Haz solo lo que te haga feliz!» En este mundo no había mejor forma de describir a Abigail Simmons. Esas frases eran su filosofía, su manera de comportarse.

Solté una carcajada y puse los ojos en blanco.

—Y ahí fueron mis ganas de hundirme en mi miseria —bromeé. Sin embargo, era cierto que no quería tomar ese camino.

—Tú lo has dicho.

Me guiñó un ojo y se recostó en la silla. Por un momento me recordó al diablillo que era cuando se mudó a la casa de al lado hacía ocho años, una preciosidad rubia de ojos color miel que, pese a sus travesuras y fuerte carácter, era adorable. Y seguía siendo así, solo que, en algún punto de nuestra adolescencia, la había poseído el espíritu de un camionero.

—¿Y tú qué? ¿El mismo plan de siempre?

—No. Este verano no hay viaje familiar. Wyatt está metido en no sé qué proyecto importante de construcción y Gabriel se ha escaqueado con excusas baratas que no engañan a nadie. Es evidente que ha conocido a alguien y que le emociona más estar con su chica que pasarse dos semanas con sus padres y sus tres hermanos pequeños donde Cristo perdió el mechero. —Abrió el bolso que tenía sobre la falda y comenzó a rebuscar dentro—. Y oye, lo entiendo, de estar en su pellejo habría hecho lo mismo. —Aun con la cabeza gacha intuí la sonrisilla en sus labios—. Así que Tris y yo estamos pensando en coger el coche y salir a la carretera sin rumbo fijo.

Tristan era el hermano mellizo de Abby, así como su mejor amigo. Desde que Nick y yo los conocimos nos habíamos convertido en un cuarteto inseparable.

—Suena bien.

—Deberías apuntarte. —Triunfante, sacó lo que había estado buscando: una gomilla para el pelo con la que se recogió la larga melena en un moño descuidado.

Negué con la cabeza a la vez que daba el último sorbo a mi café.

—Clases de verano, ¿recuerdas?

—Piénsatelo. Todavía estamos en nuestro primer año, tendrás más oportunidades de hacer cursos, pero desconectar, cambiar de aires durante unos días, es algo que necesitas ahora. Además, ¿y lo divertido que sería joderle los ligues a Tris?

—Creo que de eso te ocupas muy bien tú sola. —Reí, divertida y aliviada porque esa última pregunta me daba la oportunidad de esquivar el tema.

—Cierto, aunque me vuelvo más creativa cuando estoy contigo.

—Tienes una mente retorcida, lo sabes, ¿verdad?

Nos levantamos, nos pusimos las chaquetas y comprobamos que no nos olvidábamos nada en la mesa.

—Oh, lo sé y me encanta. —Enlazó su brazo con el mío al tiempo que cruzábamos la puerta. El día estaba soleado y había caldeado el ambiente hasta lo que seguramente sería la temperatura más alta que se podía esperar a finales de abril—. ¡Pero oye!, así tendrás a alguien con quien practicar cuando termines la carrera.

—Pretendo ser psicóloga deportiva, no psiquiatra, que es lo que a ti te haría falta.

—¿Y cuál es la diferencia? Todos hurgan en la cabeza de la gente.

—En cierto modo, sí. —Comprobé la hora cuando llegamos al paso de peatones—. Y yo tengo que ir ahora a que hurguen en la mía.

—¿Tienes cita con la doctora Allen?

—Dentro de cincuenta minutos.

—¿Quieres que te lleve?

—No hace falta, cogeré el bus.

El semáforo se puso en verde y comenzamos a cruzar en silencio, todavía agarradas del brazo. Al llegar a la esquina donde se separaban nuestros caminos me cogió por sorpresa al abrazarme.

—Tienes que superar de una vez el miedo a subir a un coche, Han. —Su voz desprendía una mezcla de preocupación y dolor que me provocó un nudo en la garganta.

—Estoy trabajando en ello —murmuré devolviéndole el abrazo.

Me senté en el sillón de la consulta de la doctora Allen como hacía cada tercer viernes del mes desde el accidente. Todo en la estancia me resultaba familiar y agradable, desde el tono rosa pastel y blanco de las paredes al mobiliario minimalista, pasando por el curioso techo, que imitaba un cielo al amanecer con desconcertante realismo.

Todavía recordaba la primera vez que entré en aquel despacho. No iba sola, Nick estaba conmigo. Junto a Vladimir y nuestras madres habíamos decidido que sería positivo para nosotros contar con el apoyo y el consejo de un psicólogo deportivo; un experto que, a nuestros catorce años, nos ayudara a entrenar habilidades mentales como la concentración, el manejo del estrés, el control de la ansiedad, el miedo al fracaso o la falta de confianza.

Estábamos de acuerdo en que sería un valioso complemento para nuestro crecimiento profesional y personal.

Cuando acudimos a la consulta esperábamos encontrarnos con un espacio sobrio y no con algo que recordaba más a una pastelería de los años cincuenta. De hecho, Nick llegó a comentar que menos mal que el título de psicología colgaba de la pared sobre la mesa, si no habría pensado que en realidad Vladimir nos había apuntado a clases de repostería. La buena doctora se había limitado a sonreírnos.

En nuestra siguiente sesión nos encontramos con una bandeja a rebosar de pastelillos encima de la mesita de café situada frente al sofá. Ahí fue cuando se ganó nuestro cariño, o más bien lo compró. Con el paso del tiempo se mereció también nuestra confianza y por eso, en el momento en el que mi madre insistió en que hablara con un profesional, dije que sería con la doctora Allen o con nadie. Puede que una psicóloga deportiva no fuera lo que necesitaba, pero ya puesta a contarle mis problemas a alguien al menos que fuera a una persona que me conocía y a la que le importaba.

—Hola, Hannah. Perdón por el retraso. —Me saludó con una expresión de disculpa a la que siguió una sonrisa cálida.

Cerró la puerta tras ella, abrió una de las carpetillas que había sobre su escritorio, sacó unos folios unidos por una pinza roja y se sentó en el butacón que había frente a mí bolígrafo en mano.

—Cuéntame, ¿cómo va tu tarro?

Sonreí. Pese a cómo pudiera sonar, no se trataba de un intento de utilizar la jerga juvenil, sino que se refería de verdad a un recipiente de cristal. El «tarro de las cosas buenas», como ella lo llamaba, fue algo que me propuso comenzar tras nuestra primera sesión. El ejercicio consistía en escribir en papelitos todo aquello que me pasara y me hiciera feliz, aunque fuera por un instante, para después doblarlos y meterlos en el frasco.

—Medio vacío —confesé. Quizás habría sido más acertado decir que daba pena verlo.

—¿Y está así porque de verdad no ha sucedido nada destacable o porque te resistes a reconocer todo lo que te hace sentir bien?

Mis labios se curvaron todavía más conforme me cruzaba de brazos y piernas. Como siempre, preguntaba sin rodeos, iba directa al grano de una forma tan certera que daba la impresión de que podía ver dentro de ti.

—A veces me intriga saber por qué se molesta en preguntar si ya sabe la respuesta.

Su expresión sosegada se volvió afable.

—Porque hay ocasiones en las que la contestación no es para mí, sino para ti, Hannah. Puede que ya la conozcas, pero verbalizarla, admitirla, es lo que la hará del todo real.

Medité sus palabras mientras la observaba. Para haber pasado el ecuador de los cuarenta tenía buen cuerpo, y su ascendencia hawaiana la dotaba de una belleza exótica. En el último mes había añadido unos reflejos caoba a su cabello negro, una elección acertada, ya que daban luz a sus penetrantes ojos oscuros, que en esos instantes me instaban a responder a su pregunta.

Con un suspiro dejé caer la cabeza sobre el respaldo de mi asiento y clavé la vista en el techo cuajado de nubes. La doctora tenía razón, podías conocer la verdad dentro de ti y aun así escoger ignorarla. Sin embargo, compartirla con alguien, en cierto modo, la hacía irrevocable, sólida.

Contemplé la posibilidad de evadir el asunto, tal y como hacía con tantos otros temas pese a que nunca había sido algo propio de mi carácter. Pero el accidente había cambiado ya demasiado de mi vida como para seguir permitiendo que afectara a esa parte de mí, al menos entre estas cuatro paredes.

—Sí, paso por alto algunas de las cosas que me hacen sentir bien. Otras que sé de antemano que lo harán directamente las evito.

—¿Como el patinaje?

Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Si había un tema que no me gustaba tocar con nadie era ese. Todos los que me conocían creían saber lo importante que era para mí. No se hacían ni una ligera idea de hasta qué punto. El hielo era el lugar donde más había reído y llorado, donde había conocido mis mayores éxitos y fracasos. Era donde pertenecía una parte de mí; me circulaba por las venas, me llenaba los pulmones. Era mi elemento, mi lugar. Al ponerme los patines, cada fibra de mi ser cobraba vida, vibraba. Sentía un amor tan grande por lo que hacía que sabía que había nacido para ello.

Y me lo habían arrebatado. Me habían arrancado una parte esencial de lo que era.

Ni yo misma llegué a pensar nunca cuánto dolería.

—Sí —reconocí, y no me gustó el tono amargo que percibí en mi voz.

La doctora Allen se inclinó hacia delante en su silla.

—Hannah, te castigas sin motivo y lo sabes. Puedes volver a patinar. Ya tendrías que haberlo hecho.

—No. —La interrumpí—. No sin Nick.

—Lo entiendo. —Asintió despacio—. Nadie te pide que vuelvas a competir. Pero quiero que vayas allí, te pongas los patines y sientas el hielo, solo eso. —Hizo una pequeña pausa antes de añadir—: Y quiero que lo hagas hoy.

—No.

—Aunque pueda parecerlo, no es una petición. Te lo encomiendo como parte de tu tratamiento. Vas a salir por esa puerta —dijo señalando en dicha dirección—, vas a cruzar la avenida Michigan hasta el Arctic Edge Ice Arena, vas a entrar, ponerte unos patines y permitirte disfrutar, porque no hay nada malo en ello.

Podría haberla ignorado y haber vuelto directamente al campus, meterme en la habitación que compartía con Abby y estudiar para el examen que tenía dentro de tres días. Sin embargo, la obedecí, no porque me impresionara su despliegue autoritario, sino porque en el fondo era lo que había deseado hacer desde hacía casi cinco meses.

Caminar en dirección al enorme edificio blanco y crema era como dirigirse a casa, por eso prefería no pensar en lo patético y triste que resultaba que hubiera necesitado de una orden de mi psicóloga para llegar a hacerlo.

Por suerte, el recibidor estaba vacío. Crucé por delante de las vitrinas llenas de trofeos y las dos puertas de doble hoja que daban a la pista, sobre las que colgaba una medalla de plata gigante y una banderola conmemorativa de los Juegos Olímpicos de Invierno de 2010, en los que dos de las parejas que entrenaban aquí —Tessa Virtue junto a Scott Moir y Meryl Davis junto a Charlie White— habían ganado el oro y la plata respectivamente. Me interné en el pasillo que llevaba a los vestuarios y me detuve en seco al cruzar el umbral. Vladimir estaba sentado en una de las sillas situadas al lado de las taquillas, junto a él había un chico que se volvió hacia mí cuando me oyó entrar.

Tuve que parpadear varias veces para asegurarme de que lo que estaba viendo era real, para poder creerme que tenía delante a Mikhail Egorov, uno

de los mejores patinadores del mundo. Muy pocos podían presumir de haber logrado ser campeón mundial en categoría sénior con solo diecisiete años y a los veinte haber sido ya cuatro veces campeón del mundo, tres veces campeón europeo, cinco veces campeón de Rusia, tres veces campeón del Grand Prix Final y bronce en los Juegos Olímpicos de 2010. Esa fue la última vez que compitió, ya que tras los juegos fue víctima de un intento de robo durante el que sufrió una lesión de rodilla que le obligó a retirarse. De eso hacía dos años.

Mikhail se puso en pie y caminó hacia mí.

—Tú debes de ser Hannah Daniels. —Me tendió la mano—. Soy Mikhail Egorov, pero puedes llamarme Misha. Encantado de conocerte.

Sonrió y los hoyuelos que se le marcaron en cada mejilla le dieron un aire de niño travieso. Sus increíbles ojos celestes estaban clavados en los míos con una mezcla de curiosidad y diversión.

Suponía que, puestos a elegir, era mejor babearle los pies y mirarlo con cara de cervatillo deslumbrado que lanzarme a su cuello y tumbarlo allí mismo. Mi yo de catorce años que pegó un póster suyo a tamaño natural junto a la cama habría estado más que encantada con eso último. Claro que lo habría hecho con intenciones mucho más inocentes que mi yo de diecinueve.

—Lo mismo digo.

Alcé la mano y él la envolvió de inmediato con la suya en un apretón suave pero firme. Un escalofrío me recorrió la columna y, sin pensarlo, avancé hacia él. Casi podía sentir el calor que desprendía su cuerpo y tenía que resistir la tentación de apartar los mechones de pelo castaño oscuro que le caían sobre la frente.

—Me alegro mucho de verte, Hannah.

Di un respingo y me aparté al oír la voz profunda de Vladimir. Su acento, pese a los años que llevaba en Estados Unidos, era mucho más marcado que el de Misha. No obstante, el tiempo había hecho que fuera capaz de entenderlo a la perfección.

—Hemos echado de menos el tenerte por aquí —me dijo al oído al abrazarme.

—Y yo venir —murmuré y tragué para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

Durante los últimos meses había mantenido el contacto con los integrantes de nuestro equipo, todas esas personas que habían estado ahí en

cada paso, en cada caída, en cada logro. Algunos de ellos, como Vladimir, me habían visitado en varias ocasiones. Incluso Francine y Camden, con los que nunca habíamos compartido más que una relación cordial debido a su extremo espíritu competitivo, vinieron a verme al hospital. Aun así había añorado muchísimo estar con cada uno de ellos en este entorno, en especial con aquel que desde hacía mucho era como una figura paterna para mí.

Me dio un beso en la mejilla y yo se lo devolví antes de que me soltara.

—Me alegra que la doctora Allen lograra hacerte venir al fin.

—¿A qué te refieres?

Vladimir se pasó la mano por el espeso cabello entrecano antes de cruzarse de brazos.

—En vista de que mis peticiones caían siempre en saco roto, maldita jovencita cabezota —masculló con los ojos grises entrecerrados tras sus gafas cuadradas—, la llamé para que me ayudara. Ambos estábamos de acuerdo en que necesitabas volver por tu propio bien y, por otro lado, Misha quería hablar contigo. Ha venido desde Rusia expresamente para hacerte una propuesta que yo ya he aceptado por la parte que me toca.

Los miré dividida entre las ganas de enseñarle a Vladimir de forma muy gráfica lo bien que me parecía que jugaran conmigo, y la curiosidad por saber el motivo de la visita de Mikhail Egorov.

—Quiero volver a competir.

Esas cuatro palabras bastaron para que se ganara todo mi interés.

—¿Y tu lesión? Creía que te impedía realizar saltos a nivel competitivo, que la articulación ya no podía soportar los constantes impactos y el esfuerzo que supondrían tanto los entrenamientos como los campeonatos.

—Estás bien informada —dijo sonriendo, aunque no se le marcaron los hoyuelos y su mirada se oscureció por un instante—. Retomar el patinaje artístico me destrozaría la rodilla, pero sí podría dedicarme a la danza sobre hielo. —Se metió las manos en los bolsillos traseros de los pantalones vaqueros que llevaba—. Y quiero que tú seas mi compañera.

Alcé la vista de golpe y solo entonces fui consciente de que la había desviado a su torso, donde la camiseta se le había ceñido al pecho.

En otras circunstancias, aquella propuesta habría sido como un sueño hecho realidad, porque el poder trabajar codo con codo con un patinador de su talla no podía ser descrito de otra forma.

No era tan raro que las parejas se hicieran y deshicieran. Cada año, al principio de la temporada, se anunciaban ese tipo de cambios, debidos en su mayoría a desavenencias entre la pareja por haber sido tan idiotas como para enrollarse, y una vez roto el romance no ser capaces de seguir trabajando juntos. No obstante, también había ocasiones en las que sucedía porque una de las partes se retiraba (por iniciativa propia o por lesión), o bien por cualquier otra razón.

Yo tenía uno de esos otros motivos, uno de peso que no me permitiría aceptar jamás.

—Me halaga que hayas pensado en mí. Aun así lo siento, no puedo.

—Hannah, piénsatelo —dijo Vladimir con un suspiro exasperado—. Tienes un futuro por delante. No lo tires por la borda.

—No, no hay futuro en esto para mí, no sin Nick. Y no voy a cambiar de idea. —Volví a mirar a Misha, que me observaba con reposado detenimiento. Nada en su expresión delataba lo que estaba pensando—. Lamento que hayas venido para nada, pero estoy segura de que podrás encontrar a alguien mucho mejor que yo.

Me di la vuelta para salir de allí antes de olvidar que estaba haciendo lo correcto. Cruzaba ya el umbral cuando oí la voz de Mikhail:

—No se preocupe, yo me encargaré de convencerla.

«Sí, seguro, suerte con eso», respondí para mis adentros.

3

Misha



Miré a Hannah mientras se marchaba. La lealtad que profesaba a su antiguo compañero decía mucho de ella. Y me gustaba. Era algo que valoraba porque se asemejaba a lo que yo había compartido con Benedikt.

Tenía ocho años cuando nació mi hermano, una figura sonrosada de pelo tan rubio que parecía blanco, y unos ojos demasiado despiertos para contar apenas con unas horas de vida.

Todavía hoy me hacía sonreír el pensar que a una cosita de tres kilos le bastara rodearme el dedo índice con su mano diminuta, y acurrucarse contra mi pecho mientras lo sujetaba en mis brazos por primera vez, para robarme el corazón.

Ese día me convertí en el hermano mayor del chico más dulce y cariñoso que he conocido nunca. Ese día me juré que protegería siempre al pequeño Ben.

Si tan solo pudiera haber cumplido mejor mi promesa...

—Sabía que esto pasaría. —El suspiro de Vladimir me alejó de mis recuerdos—. Pero tenía la esperanza de que no fuera así.

—No se preocupe, yo me encargaré de convencerla.

Lo haría, solo Hannah podía ser mi compañera en la pista.

Me llevé la mano al pectoral izquierdo y acaricié por encima de la camiseta las letras que tenía grabadas en la piel. Era la frase que Ben y yo habíamos repetido tantas y tantas veces a lo largo del tiempo. Yo para él y él para mí.

En mi momento más bajo, hacía dos años, me la tatué para intentar aferrarme a un atisbo de cordura y para llevar siempre conmigo un trozo de mi hermano pequeño.

La rocé de nuevo, distraído.

«MANTÉN SIEMPRE LA ESPERANZA.»

Aunque a veces fuera casi imposible aferrarse a ella.